

NUEVAS ESTRATEGIAS, NUEVOS MOVIMIENTOS. REFLEXIONES CRÍTICAS ACERCA DE LA REIVINDICACIÓN Y EL CAMBIO SOCIAL EN EL CHILE NEOCONSERVADOR ACTUAL¹

Rodrigo Andrés Mardones Carrasco²

Resumen

El presente artículo, tiene como objetivo la reflexión crítica de las nuevas formas de acción colectiva en Santiago de Chile provenientes desde los movimientos sociales en un contexto neoliberal, el que ha traído profundos cambios que afectan la vida cotidiana en los diferentes ámbitos de la sociedad, poniendo en cuestionamiento las viejas formas de representatividad y participación. Pero ¿cuánto se ha avanzado? El modelo dominante ha sabido absorber y cooptar los conflictos sociales en torno al orden social hegemónico. El camino deberá tratar entonces de abrir alternativas, desde los intersticios del modelo, dando paso a una utopía que ya comenzó.

Palabras clave Movimientos Sociales; Neoconservadurismo; Transformación Social; Zonas Temporalmente Autónomas; Autogestión.

Resumo

Este artigo tem como objetivo refletir criticamente sobre as novas formas de ação coletiva no Chile a partir dos movimentos sociais em um contexto neoliberal, o que trouxe profundas mudanças que afetam a vida diária em diferentes áreas da sociedade, pôr em causa as velhas formas de representação e participação. Mas quanto progresso foi feito? O modelo dominante tem sido capaz de absorver e cooptar os conflitos sociais em torno da ordem hegemônica social. A estrada vai tentar abrir alternativas, a partir dos interstícios do modelo, dando lugar a uma utopia que já começou.

Palavras chave Movimentos Sociais, o neoconservadorismo, Transformação Social, zonas autônomas temporárias, auto-gestão.

¹ Trabajo enviado el 18/05/2011 y aceptado el 20/06/2011

² Lic. en Psicología. Universidad de Chile. Correo Electrónico: rodrigo.mc@ug.uchile.cl

Abstract

This article aims to reflect critically on the new forms of collective action in Santiago de Chile coming from social movements in a neoliberal context, which has brought profound changes affecting daily life in different areas of society, calling into question the old ways of representation and participation. But how much progress has been made? The dominant model has been able to absorb and coopt social conflicts around the hegemonic social order. The road will then try to open options, from the interstices of the model, giving way to a utopia that has already begun.

Keywords: Social Movements, Neoconservatism, Social Transformation, Temporary Autonomous Zones, Self-Management.

Introducción

La hegemonía del modelo liberal en nuestro país implica profundas transformaciones en diversas dimensiones de nuestras sociedades. Este modelo ha provocado la convergencia de mayores agregaciones sociopolíticas y actores sociales, (re)configurando las relaciones entre el Estado, el mercado y los movimientos sociales. La constitución de estos movimientos de base son en su mayoría de oposición volcados hacia la izquierda, respondiendo debido a la fragilidad, inestabilidad y deslegitimización de las instituciones llamadas así mismas democráticas, y fundamentalmente para articular una resistencia más eficiente al modelo neoliberal reivindicando la autonomía, los derechos de la ciudadanía y los valores de una democracia participativa frente al omnipotente y omnipresente mercado.

Frente a ello es que el estudio de las acciones colectivas es una contribución a la recuperación y visibilización de la vida cotidiana, la creación y dinamización de nuevos espacios públicos, el fortalecimiento de la sociedad y las organizaciones de base y la capacidad de autodeterminación. Comprender los nuevos movimientos sociales en la actualidad, constituye un reto para identificar cómo la sociedad se organiza frente a los conflictos que se imponen desde los diversos esquemas dominantes.

Muchos de estos movimientos han surgido bajo el alero de luchas reivindicativas debido a los intersticios de un modelo o -en palabras de Wallerstein- un sistema mundo que no dan cuenta del mercado como ente procurador de la calidad de vida y el bienestar, ficticia panacea de la resolución de conflictos sociales, devenidos de su propio accionar. En estos movimientos sociales es posible observar estrategias que implican la construcción de nuevas prácticas políticas y económicas, generando nuevas formas de relación y transformando los diversos “mundos sociales” de los países de la región latinoamericana. Es así como la autonomía, la autogestión o la solidaridad, se configuran como renovados principios que sostienen la búsqueda de nuevas formas de relación entre las instituciones y los actores sociales.

Pero, a pesar de la historia de luchas y reivindicaciones, por qué aún la región por ejemplo sigue siendo una de las más desiguales del planeta. En este punto

es necesario afinar una actitud crítica frente a un orden social que persigue cooptar y absorber toda resistencia y práctica adversaria hacia él. El sistema capitalista a través de sus mecanismos despliega una contraofensiva buscando soluciones a los conflictos que la misma crea.

En este sentido cabe preguntarnos ciertos ejes centrales de análisis, que giran alrededor de las posibles alternativas frente a la dominación, desde los espacios de las estructuras políticas y económicas, de las relaciones sociales en la vida cotidiana y de los ámbitos de la subjetividad humana.

Del Neoliberalismo al Neoconservadurismo en Chile

Finalizando la Segunda Guerra Mundial, un grupo de intelectuales comenzó un fuerte trabajo teórico, entre los que se encontraban Hayek y el reconocido economista Milton Friedman. Hayek estaba totalmente opuesto al Estado de Bienestar, por considerar este sistema como una “nueva esclavitud” similar al nazismo y al fascismo. Él proponía la liberalización total de la economía, a fin de permitir al mercado desempeñar su papel como motor de crecimiento y regulador universal de las sociedades.

Es a mediados de los años setenta que empezaron a aplicarse en la política real los principios de lo que se llamó después el Consenso de Washington, y con ello comienza el desarrollo de la fase neoliberal del capitalismo. Este modelo se cimentaba en la libre circulación del capital, que tenía como base un dólar (moneda internacional) flotante y los bienes y servicios. Sin embargo, el tercer elemento de la producción, la mano de obra, quedaba limitado y controlado en su movilidad (Houtart, 2009).

La adopción de este modelo neoliberal implicó dos dimensiones a considerar, según Houtart (2009): la primera, contra el trabajo, mediante la aplicación de la desocupación en las regiones industrializadas, la disminución del salario real, la desregulación del trabajo, las deslocalizaciones del trabajo, etc. Todas estas medidas tomadas, tanto en el Norte como en el Sur, trajeron como resultado una disminución del trabajo en los productos realizados.

La segunda dimensión fue el ataque contra el Estado, con normativas y legislaciones que buscaban la privatización, en el mundo entero, no solamente de las actividades económicas que el Estado había asumido después de la Segunda Guerra Mundial, sino también de los servicios y bienes públicos: agua, electricidad, comunicaciones, salud, educación, etc.

El modelo neoliberal significó también una sobreexplotación de la naturaleza. Por una parte el control de las fuentes de energía y de las materias primas exigió medios siempre más grandes y devastadores gestándose un campo importante de control de la biodiversidad (Houtart, 2009).

Un antecedente que es muy relevante para comprender la actual configuración del neoliberalismo, no tan sólo en Chile sino en el mundo, es el hecho del nacimiento de los Estados-Naciones modernos. Se necesitaba, en la Europa de aquel tiempo, hacer saltar las fronteras internas para adaptarlas a las necesidades de un mercado trans-regional. Al mismo tiempo se necesitaban

regulaciones favorables al desarrollo del sistema económico, en particular para la protección de la propiedad privada y para el capitalismo industrial asegurar la libertad de la venta de fuerza de trabajo.

El Estado nacional se desarrolló para cumplir con dos funciones principalmente. La primera era constituir el cuadro institucional para la constitución y la reproducción del capitalismo. Sin embargo, la segunda función fue la de establecer el lugar de la construcción de la ciudadanía. Las primeras iniciativas fueron tomadas por una burguesía mercantil, que se desarrolló a partir de los siglos XIII y XIV en Europa y que promovió la autonomía de las ciudades, frente al sistema feudal dominado por los terratenientes.

Este fenómeno se manifestó en Italia y después en el norte de Europa, donde la edificación de las alcaldías y de los campanarios superó la altura de las catedrales, ellas mismas símbolos feudales (Houtart, 2009). Este movimiento político que buscaba la autonomía tuvo su punto álgido con la Revolución Francesa, que fue principalmente burguesa y que estableció un espacio de libertades nuevas para esta clase social, fruto de la expansión del mercado y de nuevas formas de producción. Esta burguesía industrial reforzó los lineamientos y fundamentos institucionales del Estado-nación para favorecer su desarrollo económico y también para reforzar la idea de los derechos humanos y cívicos, sin embargo, muy limitados a la propia clase (Houtart, 2009).

La constitución de una clase obrera en los países europeos industrializados agudizó las contradicciones sociales de clase y provocó numerosas y crueles luchas. El capitalismo monopolista adquirió características nacionales, a pesar de los intercambios y competencias interestatales. En este sentido, se produjo una conciencia de procesos que se estaban viviendo de manera similar a nivel internacional que requerían una resistencia a ese mismo nivel; las principales luchas, como por ejemplo salarios más decentes, condiciones humanas de trabajo, derechos sociales, seguros sociales, se realizaron a nivel nacional y local, con un marcado sentido reivindicalista. Así, el Estado-nación, que era el lugar de la regulación necesaria al capitalismo, se transformó también sobre la base de la elaboración de sus propias contradicciones (Houtart, 2009). Es en este doble carácter en que ubicamos las luchas y resistencias de los movimientos actuales, generando acciones a partir de las contradicciones del modelo, enmarcados dentro de sus lógicas...y al mismo tiempo buscando alternativas frente a él...es por ello que cabe preguntar...¿qué estrategias se están siguiendo dado este escenario? ¿Es posible lograr cambios reales?

El modelo económico denominado neoliberal comenzó a implantarse en América Latina a mediados de la década de 1980 y fue impuesto tempranamente en Chile de manera drástica por la dictadura militar desde 1973 y luego se propagó, con alguna resistencia de la sociedad civil, a Brasil, Uruguay, Argentina, México, y el resto de los países. Es importante señalar que este modelo tuvo características específicas en Latinoamérica, que deben ser tenidas en cuenta.

América Latina fue integrada al nuevo modelo a través de un proceso denominado capitalización de la deuda externa, impulsado por el “Plan Brady” o “Iniciativa de las Américas” de inspiración estadounidense. La “capitalización de la deuda” que tenía Latinoamérica, se transformó en uno de los pilares desde donde se comenzó a implementar en modelo en la región. Esto consistió en que los bancos acreedores se hicieran cargo de la deuda externa, a cambio de que los activos de las principales empresas del Estado pasaran a manos del capital financiero internacional. Así se consumó la desnacionalización de casi todas las riquezas de este territorio (Vitale, 1998).

A mediados de la década de 1980, la deuda externa latinoamericana era de 380.000 millones de dólares (Vitale, 1998). Como esta deuda era impagable, las transnacionales exigieron la privatización de las empresas del Estado como parte de pago. Entonces, cada Estado puso en venta bonos de deuda externa en la Bolsa Mundial, a un muy bajo precio.

Además de la desnacionalización de la mayoría de las empresas del Estado, bajo el modelo económico neoliberal, el proceso de industrialización de América Latina iniciado en 1930, no sólo se estancó sino que se deterioró. La apertura hacia los mercados extranjeros provocó una invasión de productos industriales europeos y norteamericanos principalmente, lo que asfixió a la industria de los países latinoamericanos que más bien se concentraban en el mercado interno.

El proceso que condujo a la implantación del neoliberalismo en nuestra América se vio favorecido por el modelo de exportación -importación impuesto por la nueva división internacional del trabajo. Según este modelo, los países latinoamericanos por un lado debían estimular el desarrollo de ciertas industrias de exportación no tradicionales, y por otro importar masivamente artículos manufacturados, aunque ello significara la quiebra de su industria liviana (Vitale, 1998).

En síntesis, el modelo de exportación-importación y la llamada capitalización de la deuda externa, con la consiguiente privatización, pavimentaron el camino para la implantación del neoliberalismo en nuestra América (Vitale, 1998).

Fue Chile uno de los primeros países latinoamericanos en poner en práctica el modelo neoliberal bajo la dictadura militar de Pinochet, ya que con su autoritarismo garantizó la represión sindical, la flexibilización del trabajo, los bajos salarios, la reducción de impuestos a las grandes empresas y las privatizaciones masivas de empresas estatales.

Bajo este sistema es posible ver ciertos cambios que no sólo afectan el orden económico sino también los diversos ámbitos de la vida de las personas. Tanto así que podemos decir que la configuración social de nuestro país cambió, en donde, el bloque de poder de la clase dominante de cada país, íntimamente ligado a las transnacionales, pasaron a ser hegemónicos dos sectores claves: la burguesía exportadora y la financiera, estrechamente asociadas a la banca mundial (Vitale, 1998).

Así también el régimen laboral se vio afectado y la forma de empleos varió. La denominada “flexibilización del trabajo” permitió a los empresarios imponer las normas de contratación, subcontratación y despido. Inclusive, se hizo muy común la práctica de tomar el personal a prueba por medio de contratos a plazo fijo entre 1 y 3 meses, lo que aumentó el número de cesantes y la inestabilidad laboral. Asimismo, se recontratan operarios con salarios más bajos. Se impuso el trabajo “precario” y el trabajo a trato o a destajo, sobre todo en las numerosas microempresas que laboraban en función de las grandes. Se generalizó el “medio tiempo” de trabajo y la contratación individual por semanas, días y hasta por horas (Vitale, 1998).

La “feminización” del trabajo aparentemente favoreció a las mujeres, donde se abogaba por una mayor integración y equidad en el acceso al trabajo, pero en los hechos fueron más explotadas que los hombres. Se las empleó básicamente en el sector servicios, en empleos considerados de menor importancia, con tiempo parcial y contratos irregulares de trabajo.

La vida cotidiana también se vio trastocada. Cualquier hecho era motivo para canalizar los deseos de escape, de fuga de una realidad donde todo era desechable, liviano y fugaz. Los supermercados y “malls” eran la expresión de un consumismo irrefrenable, alimentado por las tarjetas de crédito; un verdadero insulto a la miseria de millones de personas.

Y por último, el modelo neoliberal ha agravado el deterioro ambiental en nuestro país, acentuando la contaminación, los gases nocivos y el consumo energético, basándose en criterios técnicos y económicos-que de por sí errados al correlacionar equivocada y ciegamente desarrollo con crecimiento económico-más que en criterios ambientales sustentables y psicosociales.

En este punto es necesario recalcar una salvedad. Se considera que el término de liberal no es ajustado a los fenómenos históricos que vivimos hoy en día. A diferencia del siglo XIX, el actual capitalismo por más prefijo neo que se ponga no tiene un ápice de liberal. Es más monopólico y menos librecambista que nunca. Se coincide con la posición planteada con Vitale (1998) ya que no podemos hablar de Neoliberalismo, ya que no tiene nada de aquel liberalismo económico del siglo XIX, partidario de la libre competencia o libre concurrencia. Este neoliberalismo, que más bien debería llamarse neoconservadurismo, la que se caracteriza como una de las mayores fases de concentración histórica del capital monopólico, condensado en las empresas transnacionales. Y no sólo del capital productivo sino también del financiero, concentración reflejada en la transnacionalización de la banca, de la informática y de los medios de comunicación, donde el Estado no es un ente neutro en busca de marginalizarse frente al mercado, sino que a través de él es que el capital opera.

Los Movimientos Sociales ante la Contrarreforma Social del Neoconservadurismo

Luego de ser testigos de una contrarreforma social a los logros conseguidos con anterioridad al neoliberalismo es que los Movimientos Sociales han

comenzado a organizar diversas formas de resistencia. La clase trabajadora, por medio de huelgas ha intentado luchar por derechos laborales y condiciones de trabajo más dignas. El movimiento ecologista, en tanto se manifiesta de diversas maneras contra el ecocidio, la contaminación y la devastación de la naturaleza, acrecentada bajo el neoliberalismo.

También se están expresando con fuerza los estudiantes, en particular contra la privatización de las Universidades y los colegios, mientras los pueblos originarios siguen su secular lucha por recuperar sus tierras, junto con reafirmar su cultura e identidad, exigiendo ser reconocidos como Pueblo-nación dentro de los respectivos Estados.

Las características de estos movimientos sociales actuales son (Zibechi, 2007): 1) la territorialización de los movimientos, o sea de su arraigo en espacios físicos recuperados o conquistados a través de largas luchas, abiertas o subterráneas; 2) la búsqueda de autonomía, tanto de los Estados como de los partidos políticos; 3) trabajo por la revalorización de la cultura y la afirmación de la identidad de sus pueblos y sectores sociales; 4) la capacidad para formar sus propios intelectuales, tomando en sus manos la educación y la formación de sus dirigentes; 5) el nuevo papel de las mujeres. En las actividades vinculadas a la subsistencia de los sectores populares e indígenas, tanto en las áreas rurales como en las periferias de las ciudades, las mujeres y los niños tienen una presencia decisiva. La inestabilidad de las parejas y la frecuente ausencia de los varones, han convertido a la mujer en la organizadora del espacio doméstico y en aglutinadora de las relaciones que se tejen en torno a la familia, que en muchos casos se ha transformado en unidad productiva, donde la cotidianeidad laboral y familiar tienden a reunirse y fusionarse. Así, emerge una nueva familia y nuevas formas de re-producción estrechamente ligadas, en las que las mujeres representan el vínculo principal de continuidad y unidad; 6) preocupación por la organización del trabajo y la relación con la naturaleza; 7) las formas de organización de los actuales movimientos tienden a reproducir la vida cotidiana, familiar y comunitaria, asumiendo a menudo la forma de redes de autoorganización territorial; y 8) las formas de acción instrumentales como la huelga, tienden a ser sustituidas por formas autoafirmativas, autogestionadas.

Pero en este punto cabe preguntarse acerca de la propuesta alternativa que se propone desde los movimientos sociales frente a los lineamientos dominantes y hegemónicos. Cómo es que pasamos desde una propuesta crítica a una propuesta crítica. Otras organizaciones y movimientos sociales no cuestionan realmente el modelo actual ni luchan por su superación, incluso salvaguardando la hegemonía desde la buena conciencia sin cuestionar, e incluso fomentando, el propio sistema de explotación global.

Es necesario no sólo cuestionar lo existente, sino también las formas habituales de verlo y abordarlo: por ejemplo, cuando se ve una situación de pobreza, no basta con decir que no debería darse (aunque esto sea el primer paso), sino plantearse por qué es posible, qué es lo que oculta el mecanismo que lo produce, quién se beneficia, qué sucedió antes, en qué contexto se da, es realmente la pobreza el problema ¿y qué hay de la riqueza?

Los colectivos sociales deben ayudar a construir un imaginario social alternativo, haciendo ver que `lo que hay´ no es `lo único que puede ser´,

haciendo propuestas, mostrando cómo se ha configurado la realidad actual, mostrando otras realidades, no al estilo de que “otro mundo es posible” sino de que “éste mundo puede ser distinto”.

Y habrá que abordar una cuestión difícil, pero de gran relevancia: ¿Qué hacer para cambiar la estructura profunda?; no podemos aplazar la solidaridad concreta, no podemos esperar a un tiempo lejano para superar problemas como la pobreza o la vulneración de derechos, pero tampoco debemos realizar acciones que supongan ocultar o reforzar a medio y largo plazo las estructuras de dominio, explotación y desigualdad, y por tanto, contribuyan a que la generalidad del problema se esconda tras alguna intervención social meramente cosmetológica.

Es por ello relevante abordar desde nuevos prismas aspectos importantes de los movimientos sociales, develando sus lógicas y posibilidades de acción.

Movimientos Sociales como acción política nómada

La política como expone Tapia (2008) es una práctica que resulta del movimiento de lo social en el tiempo. En tanto esto implica dirección y gestión, la política es una práctica de producción y reproducción de los diversos órdenes sociales y, en este sentido, productora y reproductora de sus propios espacios.

Los “lugares de la política” son una configuración compleja que resulta los fines determinados por las estructuras sociales y principalmente por el modo en que las acciones políticas responden a éstas, definiendo para sí mismas las condiciones institucionales de intervención en la articulación y dirección de sus sociedades.

Las formas de las sociedades definen los lugares de la política, los escenarios de su institucionalización y los de la acción legítima y reconocida, a la vez que necesaria, así como aquellos espacios vacíos, silencios e intersticios que se configuran como político a la vez, donde no sólo se pretende orientar y producir acciones en espacios delimitados de acuerdo, sino también de conflictos, por lo que la visión dominante de que la política es acción o respuesta a problemas y contratos arrincona a la política en términos residuales.

La forma moderna de las sociedades ha erigido o producido un espacio privilegiado de la política como estado. En principio ésta fue una forma de concentración y monopolio de la política, que se organiza tendencialmente como una forma burocrática de administración y dominio (Tapia, 2008).

El lugar de la representación y la legislación a través de representantes elegidos siempre ha sido posible a través de la institución y el reconocimiento de un conjunto de derechos políticos de asociación, participación, información y voto. Estos derechos, legitimados e incuestionables en nuestras sociedades se ejercen para acceder al espacio o lugar central de la política, pero también son derechos que permiten que la práctica política se lleve fuera del Estado, en la organización de la sociedad civil y la esfera de lo público. La sociedad civil es otro lugar de la política, en realidad, un conjunto de lugares en los que se organiza vida política no estatal (Tapia, 2008)

Los lugares de la política han tendido a ampliarse o diversificarse en este sentido pero a la vez también a estabilizarse, es decir, a institucionalizarse, a adquirir cierta regularidad, a organizarse en espacios delimitados, así como sus relaciones mutuas. Hablamos aquí entonces de una “estatización” de las formas de accionar civil, que produce “una” forma de participación política “validada” como tal bajo los parámetros impuestos por las leyes.

Una buena parte de las instituciones de la sociedad civil funciona como mediaciones o puentes hacia el Estado. Una porción considerable de la sociedad civil se organiza como resultado de la diferenciación estructural y social que deviene un conjunto organizado de intereses y de acciones que se institucionalizan para interactuar con el Estado (Tapia, 2008)

Los movimientos sociales comienzan a configurarse cuando la acción colectiva empieza a desbordar los lugares estables de la política, escapando a la tentativa del control del conflicto o a los modos hegemónicos de participación y acción política, tanto en el Estado como dentro de la misma sociedad civil.

Lo característico de un movimiento social es que no tiene un lugar específico para hacer política sino que a partir de algún núcleo de constitución de sujetos, organización y acción colectiva, empieza a transitar y politizar los espacios sociales con sus críticas, demandas, discursos, prácticas, proyectos. Un movimiento social no suele permanecer en un lugar definitivo ni constituir un espacio político especial al cual circunscribirse. Los movimientos sociales son un tipo de configuración nómada de la política (Tapia, 2008).

En este sentido, un movimiento social es como una ola de agitación y desorden a través de las formas tradicionales e institucionalizadas de la política.

La constitución de los movimientos sociales es un desplazamiento de la política, de los lugares institucionalizados de la misma, al campo de tránsito entre ellos y al de la fluidez, entre los intersticios de esta sociedad. También es un modo de politización de lugares sociales o conjunto de estructuras y relaciones sociales que habían sido neutralizadas o despolitizadas y, por tanto, legitimadas en su forma de organización de algunas desigualdades (Tapia, 2008).

Este espacio que configuran los movimientos sociales es un campo de fuerzas en tensión más que un lugar de la política establecida como tal. En tanto hay movilización de fuerzas, demandas y proyectos, se ocupan lugares, hay un recorrido de las acciones, pero éstas tienden a no estabilizarse e identificarse con un lugar delimitado e institucionalizado de la política; cuando ocurre esto se vuelven simple sociedad civil. Parte de la máquina burocrática del Estado. En este sentido, el campo de fuerzas configurado por los movimientos sociales es un “no lugar político” al más puro estilo de Augé; es una zona de tránsito del conflicto social. Los movimientos sociales se constituirían en zonas temporalmente autónomas teniendo localizaciones temporales -pero efectivas- en el tiempo y en el espacio (Bey, 1991). Pero no puede ser utópica en el sentido efectivo del término, de «no lugar», el lugar sin lugar (Bey, 1991). Los

movimientos sociales instauran la fluidez de la sociedad civil y la problematización del orden político (Tapia, 2008).

Los fines de la política oficial son fundamentalmente la liberalización de la economía y el estado, lo cual significó la apropiación monopólica local y transnacional de las principales empresas y actividades económicas del país. Los fines de los partidos son la participación en el monopolio de la política y, a través de ello, el usufructo privado de los bienes públicos. Los fines de los movimientos sociales son la satisfacción de las necesidades básicas y la recuperación del control sobre las condiciones naturales de la producción y reproducción de la vida social (Tapia, 2008).

La Zona Temporalmente Autónoma. Tiempo y Espacio del Cambio

¿Es posible un mundo distinto? Como dice Bey (1991: 2): *“La lógica y la emoción se alían para condenar tal posibilidad. La razón establece que uno no puede luchar por aquello que no conoce, y nuestro corazón se rebela frente a un universo tan cruel como para imponer tal injusticia a nuestra generación, sola ante la humanidad.*

Decir algo así como «no seré libre hasta que todos los humanos -o todas las criaturas sensibles- lo sean» es, simplemente, condenarnos a una especie de estupor-nirvana, abdicar de nuestra humanidad, definirnos como perdedores.”

Frente a esta pregunta es necesario analizar qué sucede con nuestros movimientos que mucho no inciden en los cambios estructurales de esta sociedad. Pero debemos tener cuidado al decir que nada está sucediendo y que la dominación cubre todo y cada espacio de la vida cotidiana. Ámbitos de especial cuidado es el tiempo y el espacio en que estos movimientos fluyen, se dejan ver, se ocultan, resisten, proponen.

Un rasgo de los movimientos sociales es precisamente su temporalidad. El no lugar que producen es temporal; ya que cuando institucionalizan reformas o su modo de organización y acción, sus prácticas se convierten en un nuevo conjunto de lugares de la política y de la vida social y económica (Tapia, 2008).

Un problema es cómo concebimos la temporalidad al analizar a los movimientos sociales. No tan sólo se trata de un problema de las ciencias sociales y del mundo académico en general, sino del tipo de racionalidad que subyace a ellas. Cuando las actividades se suceden una tras otra sin conexiones estrechas entre sí, cuando los lugares se van dejando atrás sucesivamente, y cuando los objetos se van desechando conforme se van adquiriendo, la sociedad toma una forma que no tiene integración entre sus partes, porque está compuesta de piezas que efectivamente operan unas con respecto a otras pero que no obstante están separadas entre sí. Se trata de una forma desarticulada, que no puede verse ni experimentarse como una unidad; la queja general del individuo contemporáneo es justamente ésta: no puede sentir su vida ni su mundo como una unidad. En estas circunstancias, la gente puede efectivamente observar el movimiento del mundo, pero no sentirlo, es decir, que tiene la función de un observador externo de su propia vida, sin pertenecer realmente a ella, a la forma que observa (Férrandez Christlieb,

2003). La racionalidad que domina en el Norte ha tenido una influencia enorme en todas las formas de pensar en Latinoamérica, en nuestras ciencias, en nuestras concepciones de la vida y el mundo. A esa racionalidad. De Sousa (2006) la llama indolente, perezosa.

La razón indolente para De Sousa (2006) se manifiesta de diferentes formas, siendo dos particularmente importantes: la razón metonímica y la razón proléptica.

La razón metonímica encuentra su denominación en la metonimia, la cual es una figura de la teoría literaria y de la retórica que significa tomar la parte por el todo. Y esta es una racionalidad que fácilmente toma la parte por el todo, porque tiene un concepto de totalidad hecho de partes homogéneas, y nada interesa de lo que queda por fuera de esa totalidad (De Sousa, 2006). Entonces, tiene un concepto restringido de totalidad construido por partes homogéneas, lo que anula la particularidad de los procesos explicados. Este modo de la razón indolente contrae, disminuye, sustrae el presente. Es decir, tenemos una concepción acotada, contraída del presente precisamente porque la concepción de racionalidad que poseemos no nos permite tener una visión amplia.

Esta forma de racionalidad frente a estos fenómenos sociales permite una pérdida de la experiencia, una miopía social en la que convivimos cotidianamente, encerrando la experiencia a generalizaciones económicas y efectivistas.

Mientras una segunda forma de racionalidad es la razón proléptica (De Sousa, 2006). La prolepsis es una figura literaria, donde el narrador sugiere la idea de que conoce bien el fin de la novela pero no va a decirlo. Es conocer en el presente la historia futura. Nuestra razón occidental es muy proléptica, en el sentido de que ya sabemos cuál es el futuro y hacia donde se tiene que dirigir todos nuestros esfuerzos: el progreso y el desarrollo dentro de los marcos del neo-conservadurismo. Es más crecimiento económico, es un tiempo lineal que permite la sensación de un futuro infinito, por lo tanto la lucha puede esperar, el progreso algún día llegará.

La idea entonces de una “ontología del presente” se configura desde miradas y prácticas múltiples (Quijano y Tobar, 2006), una expansión de lo que ocurre en nuestras sociedades, abriéndonos a experiencias nuevas y a su estudio, sin caer en la metonimia. Así como desde ahí entablar puentes hacia un futuro cercano, en el que se tiene incidencia y que no responde de forma lineal a un tipo de progreso y desarrollo que mal y poco se adapta a la realidad latinoamericana.

Mientras tanto el espacio, no como mero indicador geográfico, estático y sin contenido, se presenta más bien como político y saturado de una red compleja de relaciones saber/poder que se expresan en los paisajes físicos y en los discursos de dominación y resistencia que en ellos encontramos. Es por ello que los movimientos sociales buscan no situarse de forma institucionalizada y fija, el espacio es variable, continuo y dinámico.

El espacio no es un objeto separado de la ideología o de la política; siempre ha sido político y estratégico el cual ocupado y usado, ya ha sido el foco de procesos pasados cuyas huellas no son siempre evidentes en el paisaje. El espacio ha sido formado y modelado por elementos históricos y naturales; siendo esto un proceso político. El espacio es político e ideológico (Oslender, 2002). Las reivindicaciones por los lugares es también una lucha por el espacio, sus interpretaciones y representaciones (Oslender, 2002).

Estas consideraciones resultan útiles en la continua "revolución de la vida cotidiana": lucha que no ha de cesar ni con el último fracaso de la revolución política o social porque nada excepto el fin del mundo puede traer ni el fin de la vida cotidiana (Bey, 1991)

Esto es, poder realizar (hacer reales) los momentos y espacios en los que la libertad no es sólo posible sino *electiva*. Bey (1991) propone hablar (nunca definir) lo que él llama la Zona Temporalmente Autónoma (ZTA). La teoría de la ZTA intenta ocuparse de situaciones existentes o emergentes, más que del puro utopismo-abarcar mayor presente y contraer el futuro y su incidencia en él-. La ZTA no son algo que "será" o "deberá" suceder sino algo que de hecho está sucediendo. Siendo que la zona autónoma básicamente es un tiempo y espacio de autoorganización social. Las ZTA son espacios de relación social no mediada por la coerción, históricamente nacidas de la revuelta, la fiesta identitaria o el exilio más allá de los territorios asumidos por los Estados.

Un nuevo territorio-tiempo es creado en la línea limítrofe de regiones establecidas y cualquier intento de una permanencia prolongada que deseche o ignore el tiempo presente degenera en un sistema demasiado estructurado y rígido que inevitablemente ahoga la creatividad individual.

Bey pone en el tapete la necesidad de crear nuevas lógicas de acción basadas en una concepción de tiempo y espacio distinto y alternativo, donde el ser humano pueda ser capaz de constituir otras formas y saberes, procesos que por cierto se dan en nuestros días, que rompen con los esquemas establecidos, que se caracterizan por su disrupción en el espacio y tiempo dominante, tal como manifestaciones, celebraciones en calles y plazas, fiestas homosexuales, etc. En estos espacios-tiempos las personas se configuran así mismas desde otra perspectiva, desde otros ángulos, no donde el proyecto de ciudadanía incluye a una ciudadanía civil y política en que su ejercicio reside exclusivamente en el voto sin dar pie a la autogestión ni a la imaginación.

El "no lugar" de la crítica

La política y la ciencia han sabido aplacar estos intentos de disrupción del orden dominante. El predominio del principio del mercado apela al principio de comunidad, como participación, solidaridad, autogobierno, para obtener complicidad ideológica en la legitimización de la transferencia de los servicios de la seguridad social estatal hacia el sector privado. La revalorización de la subjetividad social en detrimento de la ciudadanía, aprovechando y distorsionando hábilmente algunas de las reivindicaciones de los movimientos

contestatarios de los últimos 30 años, como la aspiración de la autonomía y creatividad los transmuta en privatismo y desocialización integrando a los individuos en la compulsión consumista y competitiva (lucha por fondos estatales para proyectos comunitarios, ajuste de organizaciones a parámetros estatales, conformación de éstas bajo criterios normativos y rigidicistas, etc.), una subjetividad objetivizada, normada, instrumentalizada.

Esta matriz de acción convive con movimientos emancipatorios como los ecológicos, feministas, pacifistas, antirracistas, consumidores, autoayuda, estudiantiles, entre otros, como nuevos protag(ui)onistas en un renovado espectro de innovación y transformaciones sociales, como críticos de la regulación capitalista y de la emancipación socialista, develando nuevas formas de opresión más allá de las relaciones de producción como lo son la guerra, la polución, el machismo, el racismo, el consumismo, abogando por un nuevo paradigma social menos basado en la riqueza y el bienestar material y más orientado al cambio cultural y a la calidad de vida, donde la emancipación tiene como objetivo transformar lo cotidiano aquí y ahora.

Toda crítica a un orden hegemónico imperante debe hacerse desde un no lugar constituido en esas relaciones de poder hegemónicas, un lugar otro de disrupción, lo cual no implica, claro está, el no entendimiento del funcionamiento y construcción del adentro (Larrahondo, 2005).

A modo de conclusión

Los movimientos sociales latinoamericanos ocuparon el centro del escenario político en la década neoliberal de los noventa y hasta los primeros años del nuevo siglo, a partir de su activa resistencia a las privatizaciones, los programas de ajuste estructural y el desmontaje de los estados nacionales. El éxito de esas resistencias, canalizadas a través de amplias movilizaciones que en ocasiones derivaron en levantamientos populares o de procesos electorales que desplazaron a las elites tradicionales de los gobiernos, fue modificando el escenario político.

En este sentido vemos como los movimientos tienen ante sí el desafío de expandir aquellas iniciativas de producción y reproducción autogestionada de la vida cotidiana que han ido construyendo a lo largo de las dos últimas décadas, como formas de resistencia y de vivir. A considerar las múltiples experiencias de micro-poderes locales en que la transformación social se basaría en la construcción de prácticas sociales alternativas, que corresponden al tiempo y la dinámica interna de la movilización social, en vez de su interacción con el sistema político. De esta manera, las luchas de «los de abajo» representan hoy un desafío más profundo al poder que antes, ya que los sin tierra y sin techo, los piqueteros, los indígenas y las mujeres crean «otros mundos» ya existentes

La premisa de movimiento social dentro de los parámetros normativos lleva a la centralización del poder y la unificación de agendas, que anulan las diferencias desde las cuales se construye la transformación social. En otras palabras: la organización formal limita al movimiento. La contraposición de esta visión plantearía que sin articulación no se puede construir un contrapoder

suficientemente fuerte para enfrentarse con el modelo imperante, y que de esta manera, las resistencias siempre terminan siendo marginales y autorreferenciales. Pero ¿por qué los de abajo tendrían que hacer política de la misma forma que los de arriba?

Después de haber mantenido un claro protagonismo y radicalidad, los movimientos sociales a menudo han visto paradójicamente mermadas sus dinámicas. Esto se debe a las dinámicas institucionales y el surgimiento de nuevas formas de gobernabilidad y gestión de los conflictos que termina subordinando a los movimientos sociales a la lógica inevitablemente vertical de los Estados.

En paralelo, el movimiento actual está sometido a debates profundos, que afectan a las formas de organización y la actitud hacia el Estado y hacia los partidos y gobiernos de izquierda y progresistas. De la resolución de estos aspectos dependerá el tipo de movimiento y la orientación que predomine en los próximos años.

La autogestión en este punto se vuelve fundamental, es decir, a una gestación desde abajo de un sistema de organización de nuevo tipo donde el control del proceso productivo descansa en los trabajadores y pobladores organizados, y donde los beneficios se reparten en función de las necesidades del movimiento y no en función de las tasas de ganancia del capital. Esto significa que las decisiones del destino de los proyectos, y el gobierno de la comunidad son de responsabilidad exclusiva de las asambleas; esta es la antítesis del asistencialismo y de las políticas neoliberales.

Ya no se reproducen, como reflexiona Zibechi (2010), las formas estadocéntricas de organización, asentadas en el centralismo, la división entre dirigentes y dirigidos y la disposición piramidal de la estructura de los movimientos. Se trata de una maquinaria social que evita que surja un poder separado de la comunidad reunida en asamblea. Es el propio Movimiento el que, a través de la conformación de equipos de trabajo entre dirigentes y profesionales rebeldes levantan una opción económica autogestionaria.

Si para la matriz estado-céntrica las luchas son impensables sin elevar demandas al Estado, en la fase actual del capitalismo las acciones toman dirección distinta, se orientan a construir una autonomía a través de la autogestión popular. Específicamente mediante diferentes acciones se dibuja la oportunidad de gestar desde abajo un sistema de organización social de nuevo tipo donde el proceso de poblar un territorio, es decir de producirlo socialmente, pasa nuevamente a sus manos.

Referencias Bibliográficas

BEY, H. (1991). *La zona temporalmente autónoma*. Disponible en: http://lahaine.org/pensamiento/bey_taz.pdf

DE SOUSA, B. (2006). La Sociología de las Ausencias y la Sociología de la Emergencias: para una ecología de los saberes. Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/edicion/santos/Capitulo%20I.pdf>

FÉRNANDEZ CHRISTLIEB, P. (2003). La psicología política como estética social. *Revista Interamericana de Psicología*, N° 2, Vol. 37, Pp. 253-266. Disponible en: <http://www.psicorip.org/Resumos/PerP/RIP/RIP036a0/RIP03719.pdf>

HOUTART, F. (2009). *El camino a la utopía desde un mundo de incertidumbre*. Ruth Casa Editorial: Panamá.

LARRAHONDO, O. (2005). Desmontando el centro desde fuera: por una práctica política y políticas locales de ciudadanía. *Porik An*,

TAPIA, L. (2008). Movimientos sociales, movimientos societales y los no lugares de la política. *Cuadernos de Pensamiento Crítico Latinoamericano*, CLACSO. Disponible en: <http://www.eldiplo.info/docs/clacso11.pdf>

OSLENDER, U. (2002). Espacio, lugar y movimientos sociales: Hacia una espacialidad de la resistencia. *Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*. Vol. 6, N° 115, pp. 1-25.

QUIJANO, O. & TOBAR, J. (2006). *Territorios del saber. Biopolítica y filosofías de vida*. Editorial Universidad del Cauca: Colombia.

VITALE, J. (1998). *Los movimientos sociales ante la contrarreforma del Neoconservadurismo*. Ponencia Foro Neoliberalismo Mundial “25 años del Modelo Chile”. Instituto de Investigación de Movimientos Sociales Pedro Vuskovic. Disponible en: http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/vitalel/3lvc/03lvcmovsoc0011.pdf

ZIBECHI, R. (2010). *Pogre-Sismo. La domesticación de los conflictos sociales*. Editorial Quimantú: Santiago.

ZIBECHI, R. (2007). *Autonomía y emancipaciones. América Latina en Movimiento*. Fondo Editorial de facultad de Ciencias Sociales Universidad Nacional Mayor de San Marcos: Lima.